

ció en Morelia, Michoacán, el 24 de Noviembre de 1937. Ha estudiado bastante el lado práctico del teatro (actuación, iluminación, escenografía) y teoría e historia del drama, en The Art Academy Corporation, Los Angeles, y en escuelas de México, D.F. Entre sus maestros han estado Alejandro Jodorowsky, José Luis Ibáñez, Luisa Josefina Hernández. Sus primeros pasos en las letras fueron en el taller de literatura "Rubén Romero", en Morelia.

Ha organizado trabajos culturales y teatrales en varias ciudades y con diversas instituciones como el O.P.I.C., en Relaciones Exteriores, Petróleos Mexicanos, la Universidad de Nayarit, el Instituto Teatral Latinoamericano de Los Angeles, Cal., Apatzingán, Mich., Cárdenas, Tabasco, y actualmente la Universidad Veracruzana en Xalapa.

Ha sido actor y director en teatro y televisión; ha hecho periodismo cultural. Como pintor, ha tenido unas quince exposiciones en un buen número de ciudades, entre ellas Tepic, Nay. y Guadalajara, Jal.

Es importante que sea la Universidad Veracruzana la que recoja estos cinco textos de Amezcua, su primera edición en libro, su presentación formal como un autor de importancia, su integración a la cultura nacional y su ingreso a los ojos del Teatro Mexicano, en los hilos y márgenes del cual ha vivido toda su vida sin alcanzar hasta ahora la difusión digna

que merece. No es su producción completa: quedan otros cinco títulos dramáticos, libros de cuento y de poesía, una novela, varios guiones cinematográficos y una colección de ensayos.

Expreso, pues, mi alta estimación por obras con las que van a enriquecer la vida teatral de México.

Emilio Carballido

Rodolfo Amezcua del Río, *El pez grande*, Universidad Veracruzana, 1987.



Madreselvas en flor,  
de Ricardo Aguilar

Con una portada verdadera-nostalgia donde hay madreselvas y una guitarra para entonar por cada cuerda un recuerdo sabor a tango —“pasaron los años y mil desengaños/ yo vengo a contarte mi vieja pared”—, Ricardo Aguilar

Ricardo Aguilar, *Madreselvas en flor*, Universidad Veracruzana, Jalapa, Veracruz. México, 1987.

nos ofrece su primera colección de cuentos (que son crónicas que son anécdotas que son miniensayos) hechos de (y acerca de) la bi-cultura fronteriza.

*Madreselvas en flor* es (“Caminito que el tiempo ha borrado”) un escritor que se recuerda (se (des)cribe en segunda persona) en su adolescencia, que se (auto) confiesa: “Te salvaste, pero por qué, no lo entendiste ese día ni ninguno, sólo después te acostumbrarías a sentirte culpable de que muchos de tus cuates hayan quedado allá y tú no, tú, el desesperado, el que buscó la salida y la encontró”(19). Y detalla su experiencia en el Kank, el Traslántico donde intuye su marginalidad étnico-social que sólo aprenderá plenamente en el proceso de su recuerdo-escritura: “no hay duda, vivir en el mar es cosa de tiburones o de alguno que tenga más agallas”(31).

*Madreselvas en flor* es (“Sentir que es un soplo la vida”) el recuerdo conversación de una mujer de 57 años que vivió en El Paso durante la depresión económica del 29. Una narración que tiene un tono de historia oral: “todavía de casada me invitaba a que le fuera a ayudar, me daba unas cansadas, pero no las resentía mucho pues las horas se pasaban platicando, ese santo varón, quiso a mis hijos con adoración...”(39); es la crónica hecha por (a través de) el más marginal de los personajes marginales: una “ama” de casa.

• *Madreselvas en flor* (“Y este encuentro me ha hecho tanto mal”) es el ensayo en torno a Mongo (Aurelio Ganzúa), un nombre que es la alegoría del mojarra, el mojado, el “ilgal alien”. Es el estereotipo estructurado a base del estereotipo de un discurso hipermoral: “ese pueblo (USA) autodeteriorado al medir en la escala de valores, venerador absoluto del dinero, del poder... donde el bluff individualista y la competencia despiadada, atroz, arremete contra todo, contra todos...”(44). Es la meta-escritura autobiográfica del (doctor) Mongo (-Aguilar): “hasta aquí, donde, como perico emperchado redactas esta parte de lo que te imaginaste, del recuerdo tergiversado”(47).

*Madreselvas en flor* (“Desde que se fue”) es la colección de recuerdos infantiles del quinto año cuando “teníamos que recitar la conjugación de un verbo en todos sus modos, tiempos y personas”(57). Recuerdos que imponen un tiempo circular: “Ahora el edificio está pintado de amarillo, han construido más salones y ya soy miembro de la junta de padres y maestros, me toca escuchar a los niños de tercero, de quinto...”(60).

*Madreselvas en flor* (“porque mato en buena ley”) es el lenguaje ondero del norte: “allí andaban unos vatos que les decían los picapiedra por ser unos tirilones cabronzotes, traían fileros, cadenas, llaves L y andaban buscando

pleito”(69). Es la enumeración de amigos-del-alma como el desmadroso Agapito que ahora es “el Dr. Agapito Mendoza, egresado Cum laude de la Universidad de Oklahoma, activista chicano, administrador experto en sistemas laborales”(67). Han pasado los días del cotorreo esquinero, los cuates ahora son profesionales calvo-barrigones, y sólo queda el espacio textual para habitarlo con nombres y noches y farras y chistes machovinistas: “—estas mujeres no son de reputación dudosa, son putas, las de dudosa reputación son las que están bailando adentro...”(72).

*Madreselvas en flor* (“Cumplir mi justa condena” es —otra vez, para cerrar el círculo abierto en el primer cuento—, la (auto)bio-

grafía de (Aguilar)-Edumenio, motociclista que “pasaba el pinche puente (de Juárez, El Paso) sin contratiempos, sin esperas, todas las mañanas, inmiscuyéndose entre los carros que hacían las impacientes e interminables líneas...”(74), e hizo un minucioso y quijotexto viaje hacia la madurez, por las carreteras del suroeste americano, sobre una escritura que buscaba su propia identidad.

Ricardo Aguilar, investigador y promotor de la nueva literatura chicana, nos ofrece con *Madreselvas en flor* un collage de identidades. Trozos de un espejo textual. Nostalgias de los cuerpos.

José Manuel García García

